EL PRINCIPIO DEL FIN

El conflicto del Golfo entre Irán e Irak ingresa en una nueva fase tras ocho años de combates. A la hora de las conclusiones, la inutilidad de una guerra con más de un millón de muertos donde ninguno de los dos contendientes logró su objetivo inicial se torna patética

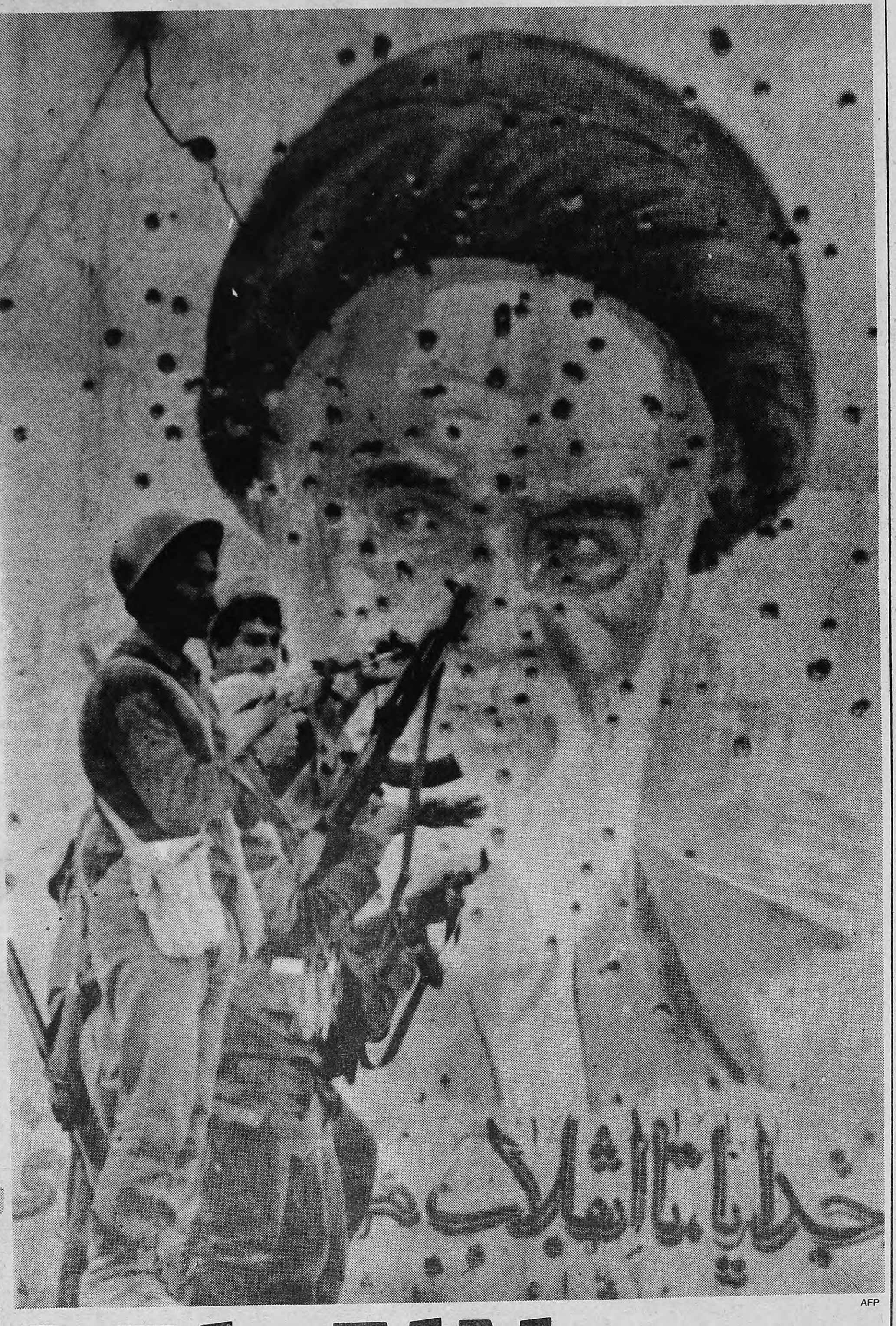
Por Andrea Ferrari

Cuando en 1979 Saddam Hussein asumió la presidencia de Irak ordenó la ejecución de varios de sus opositores. Un procedimiento que luego se haría usual para castigar casos de corrupción en colaboradores tan cercanos como un ministro de Salud o el alcalde de Bagdad. Pero en aquel momento uno de los señalados era un estrecho amigo. "El que está más cerca de mí es quien más lejos está cuando actúa incorrectamente", dijo el presidente. Desde entonces, su reputación de duro se extendió y desgranó en anécdotas. Como la de la campaña de alfabetización que el premier iraquí hizo cumplir con un curioso método: cortó el agua y la luz en todas las casas donde los hombres prohibían la asistencia de las mujeres. Ahora el 90 por ciento de las iraquíes sabe leer y escribir.

Fortalecido por las recientes victorias militares y la virtual claudicación iraní, Hussein llegó a la instancia de negociaciones dispuesto a hacer pesar su fama y triunfo. Mientras muchas de las antiguas exigencias iraníes caían en el olvido o eran postergadas, Irak mantuvo una firmeza que amenazó con quebrar el frágil proceso de paz. Las pretendidas negociaciones cara a cara previas al cese del fuego para confirmar las "buenas intenciones" de Teherán se convirtieron en un escollo difícil de salvar. Cuando el martes el secretario general de las Naciones Unidas deslizó —con la sutileza propia de su *métier*— que podría declarar por su cuenta el alto el fuego, la dureza iraquí se tornó patente. "Nadie debe hacerse ilusiones de que alguna vez aceptaremos un hecho consumado", dijo el embajador. Inmediatamente llegó el espaldarazo de la Liga Arabe, que en un documento afirmó: "Las negociaciones directas exigidas por Irak son el mejor medio para garantizar una solución global y durable del conflicto". Al día siguiente Pérez de Cuéllar dio un paso atrás y aseguró que no decretará el cese del fuego sin la conformidad de ambas partes. Cuando el estancamiento parecía inevitable, la propuesta del Consejo de Seguridad de actuar como garante abrió un nuevo resquicio.

Aun desde una posición de fuerza, es probable que Hussein llegue a conceder en algún punto para cumplir con su propósito: modernizar Irak y convertirlo en líder de los países árabes. Con sus enormes reservas petroleras y una economía bastante más saludable que la iraní, el objetivo no parece tan remoto. Pero sin una guerra de por medio: de los 60.000 millones de dólares que suma la deuda externa, 40.000 se destinaron a financiar la compra de armas.

También pesan en Irak las exigencias de sus vecinos. En un comunicado, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) declaró que recibía con "gran alegría" la perspectiva de paz entre Irán e Irak, ya que la OPEP podría llegar así a un "mayor grado de cohesión". La organización se muestra ahora incapaz de disciplinar su produc-



AFP

Diseño: Daniel Iglesias

EL PRINCIPIO DEL FIN



ción y lograr así un alza en los precios del crudo. Uno de sus problemas es el caso de Irak, que, ante la negativa de Irán para consentirle una cuota igual a la suya, produce sin límites. La OPEP también espera resolver la situación de la zona neutra —situada entre Arabia Saudita y Kuwait— que fue "prestada" a Irak para que su explotación contribuya con el presupuesto de guerra.

Tampoco Occidente es ajeno a los beneficios de la paz. La influyente revista inglesa *The Economist* lo planteó con su habitual pragmatismo en una nota editorial: "¿Por qué deberían, justamente los americanos, proteger a Irán de las consecuencias de su fracaso? Porque forma parte de los intereses de Occidente. (...) En una región que contiene más de la mitad de las reservas petroleras del mundo, los occidentales tienen la necesidad vital de asegurar que una guerra que podría dar lugar a una explosión mayor llegue a un fin permanente". Washington obtendría otra ventaja del fin del conflicto: podría reducir su flota en el Golfo, que con sus 26 barcos insume 140 millones de dólares por año.

Después de las armas

La suma de intereses parece aumentar las probabilidades de que se concrete un acuerdo. Si la paz llega, encontrará en Irak a un líder fuerte, protegido por el halo del triunfo y dispuesto a iniciar una rápida reconstrucción. Aunque para ello tal vez deba enfrentarse a algunos desafíos, como un choque entre facciones musulmanas. Si bien durante la guerra primó el sentimiento nacional, no es descartable que la mayoría chiita se enfrente a la minoría sunita, de la que el propio Hussein forma parte. También existe el riesgo de un ajuste de cuentas con los kurdos: su alianza con Irán durante la guerra recibió como respuesta del gobierno iraquí bombardeos con armas químicas.

En el caso de Irán, las necesidades son más acuciantes. Las derrotas dejaron a los iraníes física y moralmente agotados. Muchos empezaron a cuestionar el sentido de la guerra: según fuentes occidentales, unos 300.000 jóvenes se ocultaron o exiliaron para evitar el reclutamiento. La economía zozobra, escasean productos básicos y en el mercado negro el dólar llegó a superar veinte veces su valor oficial. A eso se sumaron los ataques de los mujaidines que pretenden derrocar el régimen jomeinista y con quienes el ejército debió disputar la semana pasada el control de varias ciudades.

Si la paz se concreta, Alí Akbar Rafsanjani —presidente del Parlamento y líder militar— deberá seguir luchando en varios frentes. Como impulsor del cese del fuego, puede ser atacado por los partidarios de la línea dura por "traicionar" la revolución. Es posible también que la población exija cambios de rumbo en la economía y la redistribución de la riqueza que los líderes revolucionarios prometían. Pero si marcha en esa dirección encontrará la férrea oposición de los religiosos conservadores que dominaron el país desde 1979.

Derrotado en el frente militar, Irán sólo puede esperar algún triunfo en el diplomático. La semana pasada obtuvo un reconocimiento cuando una comisión de la ONU que visitó ambos países acusó a Irak por el uso de armas químicas, confirmando una denuncia que Irán había formulado repetidas veces. La obligada condena internacional se hizo oír, aunque el hecho fuera conocido y ningún país haya propuesto nunca un embargo de armas a los dos contendientes que pudiera frenar la matanza. Para Irán queda aún otra posible reparación moral. La Resolución 598 de la ONU prevé la creación de un tribunal imparcial que establezca las causas de la guerra. En Teherán se espera que confirmará la "agresión iraquí". Pero son pocas recompensas. Tras una guerra de ocho años que destruyó el país y dejó 900.000 muertos, seguramente los iraníes esperaban algo más.



GAMMA



LA N

Tras la lluvia de misiles, el miedo se instaló en la capital iraní. En las preocupaciones de sus habitantes, las derrotas militares compiten con la crítica situación económica. Aunque ahora se critica abiertamente al régimen, muchos siguen adorando al imán Jomeini.

Por Javier Valenzuela

EL PAIS de Madrid

Es viernes por la mañana en Teherán. El presidente de la República, el *hoyatoleslam* Alí Jamenei, dirige la oración del mediodía en la gran explanada de la Universidad. La barba entrecana y las gafas rellenan las enjutas mejillas; la mano izquierda se apoya en un kalashnikov; la derecha sube y baja como la barrera de un paso a nivel.

Hay poca gente en relación a la media habitual de los últimos años, y sobre todo parece menos entusiasta. Jamenei en verdad no tiene el arrastre popular del *hoyatoleslam* Rafsanjani, el otro orador de estos actos de masas del viernes.

En la tarde de ese mismo día, una muchedumbre más cuantiosa que la de la Universidad acampa en el cementerio Beherest el Zahara. La gente pasa allí la jornada festiva musulmana: visita a sus muertos y aprovecha la ocasión para hacer *picnic*. Para los que no tienen coche y no pueden escaparse a la sierra, en los viernes de Teherán poco más se puede hacer que quedarse en casa viendo los programas bélicos y religiosos de la televisión o acudir a un cementerio o a un parque.

Así que al lado de tumbas cubiertas de flores recién cortadas, y sobre el césped, merienda el pueblo llano del sur de Teherán, los humildes que encumbraron al imán Jomeini y siguen adorándole.

Miles de familias se sientan sobre mantas o modestas alfombras y disponen a su alrededor termos de té, bolsas de papel con pistachos y fiambreras con ensaladas y bocadillos. Las mujeres, negras como golondrinas, sostienen el *chador* con los dientes cuando ocupan las manos en el reparto de las vituallas. Pasan vendedores de helados, de globos, de cigarrillos por unidades.

No hay una sola radio. ¿Para qué servirían si las emisoras de Teherán sólo emiten noticias y programas de formación musulmana? Ni una sola canción profana en las ondas de la República Islámica de Irán. A este mundo, dice el imán Jomeini, no se viene a gozar, sino a ganarse el verdadero paraíso que sigue a la muerte. Sólo el deporte es una diversión consentida, porque como recuerda todos los días *The Teheran Times*, Dios recomendó en el Corán entrenar a los hijos "en la natación y el tiro con arco". El sol madruga mucho en Oriente, y la gente con él. A las siete de la mañana del sábado Teherán ha recuperado su demencial tráfico automovilístico. Nadie respeta las señales, las direcciones prohibidas o los semáforos, congelados éstos en un permanente parpadeo naranja. Se gira donde se quiere o puede. Más que conducir, se esquiva.

El lío automovilístico de Teherán es como el de El Cairo, pero silencioso y educado. Nadie toca la bocina. Cuando dos coches se rozan, los conductores descienden, se saludan, comprueban los daños, vuelven a saludarse, se llevan las respectivas manos derechas al corazón y regresan a los volantes. Teherán es la capital de un país de milenaria cultura, uno de los pueblos más corteses del universo.

OCHE DE TEHERAN



GAMMA

Consecuencias de la guerra

A las siete de la tarde la corriente eléctrica se corta en Teherán. Con ocho años de retraso, la capital iraní comienza a sufrir en serio las consecuencias de la guerra con Irak. Un total de 150 misiles han caído sobre la ciudad en los precedentes meses de marzo y abril. Ha habido un millar de muertos y heridos, la mayoría alcanzados por vidrios rotos. Muchos habitantes se fueron a la zona veraniega del mar Caspio o se instalaron pura y simplemente en tiendas de campaña en las afueras de la ciudad.

Teherán tiene miedo por primera vez desde el triunfo de la revolución islámica. Como en Beirut, todos los cristales tienen cintas adhesivas cruzadas para disminuir el riesgo de rotura por explosión. En bastantes portales hay sacos terreros, sobre todo en los de los bancos.

Cuando la lluvia de misiles del comienzo de la primavera, los bancos cerraron y aquello disparó el desconcierto de la población. Como todos los orientales, los iraníes pueden soportar la revolución y la guerra siempre y cuando continúen los negocios. El Gobierno islámico ha ordenado, pues, que todas las entidades bancarias se protejan al máximo.

Teherán tiene unos 10 millones de habitantes, el doble que en la víspera de la revolución. Es la única ciudad del mundo de su tamaño que no cuenta con discotecas, bares de bebidas alcohólicas, burdeles, revistas, libros y discos extranjeros, las últimas películas premiadas con los *oscars*, fotos de Madonna y Michael Jackson, hombres con corbata y mujeres sin velo.

En cambio, en Teherán se consigue a muy buen precio gasolina, caviar, pistachos, frutas y verduras.

No hay hambre. El Gobierno islámico subvenciona el azúcar, la leche, el té, el pan, el arroz, el queso, la carne y los huevos. Todas las familias reciben sus cupones de racionamiento y forman largas colas para conseguir casi gratis un mínimo de esos productos.

El resto se encuentra en el mercado clandestino, si se tiene dinero para pagar. La revolución ha devuelto el poder a los dos grupos tradicionales de la sociedad iraní, los religiosos y los mercaderes, y estos últimos, atrincherados en el Bazar, ofrecen casi todo. Lo importan de Dubai y Turquía. Lo peor son los coches. Las necesidades de la industria bélica han impuesto un serio parón de la fabricación nacional del Kam y el Renault 5, y ahora obtener vehículos nuevos o piezas de repuesto para los viejos es muy difícil.

El imán Jomeini sonríe desde un retrato en el despacho del doctor Nasser Yalali, director del hospital Loghmamodboleh, en el oeste de Teherán. Son las primeras horas de la tarde del domingo y el doctor parece al borde del colapso. Viste una usada bata blanca, no se ha afeitado en los últimos días, sus ojos enrojecen de fatiga y el carnoso rostro está tan pálido como el de sus enfermos.

Nasser Yalali juega con un rollo de papel higiénico. "Tengo aquí 33 víctimas de la guerra química, civiles y combatientes", dice. "Los iraquíes los han atacado con gas mostaza y cianuro, y presentan quemaduras, trastornos del sistema respiratorio y heridas en los ojos."

Un largo silencio responde al doctor. Este prosigue con fatiga: "El mundo no presta ninguna atención a la atrocidad que significa el empleo iraquí de armas químicas. A Occidente le importa un rábano mientras las víctimas seamos nosotros."

Los heridos no se quejan, pero se nota que sienten vergüenza cuando el doctor Yalali descubre las sábanas para mostrar al visitante sus penes y testículos tumefactos. Tienen estampitas de Jomeini en la cabecera de su lecho.

"Estamos solos frente a Irak, Kuwait, Arabia Saudita, Jordania y Estados Unidos", dice con rabia Alí Tadiki, un muchacho de 20 años que sólo ha salvado el oscuro pelo crespo. No puedo más. Se lo digo al director del hospital: "Vámonos. Si seguimos creo que voy a vomitar." "Como quiera, pero cuéntelo en su país."

Aires nuevos

Soplan vientos liberales en la pequeña pantalla iraní. Hace poco, el Consejo de Radiotelevisión preguntó a Jomeini si podían emitirse programas y películas extranjeras de corte educativo en las que las mujeres enseñaran el cabello, los brazos y las piernas. Jomeini respondió que sí, que el problema no estaba en la pantalla, sino en la mente del espectador. "El buen musulmán", explicó, "puede ver tales productos instructivos si guarda el ánimo puro, si no comete con el pensamiento el pecado de lujuria".

A una consulta semejante sobre las retransmisiones de los partidos de fútbol —era dudosa la moralidad de los pantalones cortos de los jugadores—, el *guía de la revolución* dio la misma respuesta.

Algunas de las jóvenes sentadas en el vestíbulo del hotel llevan velos y gabardinas de colores vivos, enseñan un mechón de pelo de la frente y calzan medias negras de fantasía. Pasa una joven pareja tomada de la mano.

—¿Es ésta la *apertura Rafsanjani*? —pregunto a mis amigos.

—La verdad es que después de los últimos desastres bélicos, tal vez para compensar, el régimen, es decir, Rafsanjani, su *hombre fuerte*, ha abierto algo la mano en materia vestimenta femenina —responde uno—, pero nunca se sabe. Esto es la incertidumbre total. Quizá los que hoy se apuntan con entusiasmo a esta *primavera* tengan que pagarlo mañana.

Un rato después ceno en el hotel con Reza, un médico que trabajaba en Estados Unidos y regresó hace un año a su país. Le dolía ver cómo Washington mataba a sus compatriotas. Como la mayoría de los iraníes mayores de 30 años, Reza tiene el cabello enteramente canoso.

—Los desastres de la guerra y la mala marcha de los asuntos económicos han afectado a la moral de la gente —dice—. La ciudad está llena de rumores; el régimen es abiertamente criticado. Pero no se equivoque, son muchos los que como yo han redescubierto el nacionalismo iraní. Los enemigos del régimen que se apoyan en Irak y Estados Unidos no tienen ninguna posibilidad.

Las callejuelas cubiertas del laberíntico Bazar de Teherán hormiguean el miércoles por la mañana. Este ha vuelto a ser el centro económico de la vida iraní, una vez liquidados los grupos financieros e industriales nacidos al amparo de la frustrada reforma del sha.

Negro y oro el *chador* de las mujeres y los barrocos muestrarios de las joyerías del Bazar. Como todas las orientales, las iraníes procuran comprar todo el oro y piedras preciosas que pueden. Las joyas regaladas por sus maridos constituirán su único capital en caso de divorcio.

En Teherán sólo hay un tema que iguale en preocupación a la mala marcha de la guerra: la crítica situación económica. El rial se vende en el mercado negro a 20 veces su cotización oficial. Los comerciantes no tienen divisas para viajar al extranjero y comprar allí mercancías. Todas las que provienen del petróleo se gastan en el esfuerzo bélico. Y en Teherán todo el mundo es de un modo u otro comerciante.

En estas circunstancias, la revolución no puede con el tradicional consumo de opio. Los comerciantes suelen terminar sus veladas caseras fumando algunas pipas.

La noche cae de golpe, como siempre en Oriente. Brilla una luna llena como una fuente de plata. Vamos a cenar a casa de una familia, en los barrios populares de la ciudad.

Retrato de familia

Hay una chica llamada Bayije, de piel blanquísima y expresión serena, cuyo marido se ha ido esa misma tarde al frente, a contener la última ofensiva iraquí contra Shalamsheh. Bayije está embarazada de nueve meses.

—Este acontecimiento —comentó tímidamente— provocaría en cualquier otra parte una terrible depresión en toda la familia. Pero aquí estamos cenando tan normales, como si Amir se hubiera ido de viaje de negocios.

—Esta familia ha dado ya dos mártires a la revolución —responde Ahmed, el abuelo del clan—. La muerte no es para nosotros el mismo drama que para los ateos. Ustedes, los occidentales, no acaban de comprenderlo.

Ahmed es el único que fuma, y su mujer, sus hijos, todo el mundo, le echan la bronca. Y no sólo porque se esté matando o moleste a los demás, sino porque fumar es un vicio, una esclavitud terrible para un buen musulmán.

El viejo Ahmed apaga el cigarrillo marca Tir y se va a dar de comer a los pajarillos.

La cena arranca con té y frutas, y sigue con arroz, pollo y ensaladas, todo servido con *dug*, el yogur líquido. Al final, los hombres ayudan a recoger.

Y luego todo el mundo se va a rezar a una habitación interior, casi sin que el huésped se dé cuenta. Cuenta el abuelo en el vacío patio que en los últimos bombardeos desde aquí se veían las lenguas de fuego de los cohetes, y él decía a su familia que tranquilos, que no había que abandonar la casa, que si les alcanzaban sería la voluntad de Dios.



SIN NOVEDAD EN EL FRENTE

Irán-Irak, una carnicería humana que ha durado ocho años. 1.250.000 muertes, descontando las víctimas civiles que jamás aparecen en los cálculos de los estrategas. Aunque se acercan las posibilidades de un desenlace, en los frentes de batalla aún arrecian los combates.

Por Giorgio Boatti

Esta guerra entre Irak-Irán, bienvenida por los vendedores de armas que la hubiesen alimentado de buena gana, por siempre, no les gustaba para nada a los generales que, en torno al ring de los contendientes, actuaban como espectadores.

A decir verdad, a medida que los combates proseguían, crecía el fastidio, en los principales estados. Los profesionales de la guerra, los planificadores dispuestos hasta a vender a su propia madre con tal de aportar una fantasía estratégica a las existentes, los expertos en logística dispuestos a aprender por los errores cometidos por terceros, todos se estaban hartando.

Casi ocho años de batalla. Una carnicería de 1.250.000 combatientes (los civiles, aunque murieron por cientos de miles, siempre desaparecen en estos recuentos) caídos en avanzadas y retiradas siempre sobre el mismo terreno y los mismos pantanos. Un arsenal enorme que hubiera excitado a cualquier profesional de la guerra enviado a soldados inexpertos. ¿Y todo esto para demostrar qué? ¿Para enseñar qué? Nada en absoluto. O casi.

En los cuadernos de los estrategas, después de los primeros esbozos de nuevos escenarios hechos en forma acelerada a principios de los años ochenta, sólo quedaban páginas en blanco. Los genios de la logística enmudecidos por la desilución. Algunos aplausos de los expertos en guerra química. El ridículo para los que propugnaban el poderío aéreo.

A medida que la guerra olvidada perdía interés, los profesionales de la guerra añoraban otros espectáculos bélicos con un ritmo mucho más movido.

Tramas y efectos escénicos minuciosos, un final que capturaba la atención. Todos dirigían la mirada hacia las Malvinas, a la guerra relámpago israelí, a la campaña vietnamita. Los menos sofisticados se contentaban con el Chad o con la producción "made in URSS" llevada a cabo por el Ejército Rojo en Afganistán.

Todo era mejor que esta masacre que parecía contradecir la certidumbre que todo militar de profesión tiene dentro de sí: la de que los muertos, en la guerra, son —después de todo— una variable dependiente de la estrategia. De la viabilidad del cálculo militar. De la perspicacia de los tácticos, del alcance de mira de los planificadores logísticos. Por el contrario, en estos ocho años, el cálculo estratégico fue nulo y el balance del conflicto fueron sólo muertos, muertos y más muertos. Todo lo necesario para que los generales de otras guerras se revolvieran en sus tumbas, al ver el terreno cubierto de cadáveres, en número suficiente para convencerse de que no se trataba de grandes maniobras, sino de verdaderos combates.

Pero, el conflicto Irán-Irak ¿fue realmente así? ¿Esta guerra que sólo ahora parece llegar a una suerte de fin, realmente no escribió ninguna página nueva en los tratados del arte de la guerra? Si se vuelven a analizar las diversas fases de esta lamentable masacre provocada por la agresión iraquí de 1980, surge que no es así. Se descubren pautas estratégicas que se suceden una tras otra y disuelven toda certidumbre jactanciosa.

Al comienzo, cuando el ataque de Hussein (que movilizó a 100.000 hombres en dos cuerpos de armada) tomó de sorpresa a los iraníes, tomando como blanco a Qasr-e-Chirin, Dezful, Korramashahr, muchos previeron en los países occidentales una guerra relámpago.

El incendio de las refinerías de Abadan, en las primeras semanas de setiembre de 1980, pareció quemar no sólo petróleo sino toda veleidad jomeinista de exportar el cisma chiita. Pero los plazos se extendieron. Y fue así que el general Al Kakhry, uno de los cerebros del estado mayor de Bagdad, desplegó en el frente que se fue extendiendo cada vez más sus acorazados.

Todo era pertrecho nuevo o casi gentilmente abastecido por los soviéticos.

Se montó así la *guerra de los acorazados*, que no era un *replay* de la fulminante avanzada israelí, ni la blitzkrieg (guerra relámpago) alemana del '40. Si algo recuerda los años '40, una vez disuelta la polvareda de los carros, es el clima de *drôle de guerre* que impregna los frentes de combate. Una guerra estática, venenosa, matadero que sesga vidas humanas durante dos años.

En ese momento, alguien recuerda, dándose aliento, que una de las cláusulas básicas de la estrategia moderna es: *never invade a revolution*.

En 1982, desde Teherán se lanza la operación *Fath al Mobine*. O sea, "victoria segura" y aparentemente lo es porque dos mil kilómetros cuadrados terminan bajo el control de los *pasdaran*. Y Hussein habla entonces de la necesidad de una mayor planificación, de lograr un acuerdo con el enemigo.

Comienza la retirada de Irak, que deja en el terreno 50.000 muertos, mientras que el frente se divide en dos troncos. Los pasdaran no dan tregua: con la operación *Ramadan*, en julio, invaden Bassora, la capital meridional de Irak.

Los generales que asisten al partido, no pierden jugada. Esto se debe a que en Bassora y en todo el Shatt el Arab ven en acción la *defensa anclada del territorio*, una hipótesis que de tanto en tanto fascina a los estrategas europeos. Contra la defensa anclada que imperó en Bassora y en la autopista que une la ciudad de Bagdad, arremeten inútilmente ola tras ola de infantes iraníes, pasdaranes adolescentes.

En este punto, Hussein, al igual que hicieron los generales alemanes ante las trincheras francesas durante la Gran Guerra, desencadena la guerra química contra Irán. Y puesto que es una guerra *fuera de la ley* Bagdad no distingue entre combatientes y civiles: es una masacre. Otra masacre es el intercambio de bombardeos iraquíes e iraníes sobre la ciudad adversaria.

Una vez que entendió que sólo levantando la puntería y haciendo tambalear el equilibrio de los tableros de ajedrez se podía arrinconar a Irán, Hussein trató de salir del pantano de la *guerra de infantería* y encendió la *guerra del petróleo*.

Los medios fueron facilitados por los franceses, que le enviaron los nuevísimos Super Etendard con misiles Exocet. Los blancos fueron los petroleros que transitaban el Golfo. El fin, naturalmente, cerrar las canillas que a través de la venta de petróleo, alimentaban el esfuerzo bélico iraní.

Por su parte, en Teherán no faltaba algún santo protector que proveía armas y municiones: los sirios y sobre todo los israelíes, que apostaban a que ambos contendientes se desangrasen en la lucha.

Por supuesto, fueron surgiendo otros abastecedores (entre los cuales se incluyen China e Italia, para no mencionar el Irangate), pero, después de cinco años de guerra, el balance era netamente desfavorable para Teherán.

A partir de 1985 comienza la larga serie de las batallas en torno al *Lago de los Peces*, a lo largo de la vía que llega a Bassora. Para llegar, los iraníes desencadenaron la *Kerbala* (golpe de gracia). Kerbala 1, 2, 3, 4. En enero de 1987 llegaron a la Kerbala 5, pero los iraníes no logran tomar Bassora. Los alrededores están sembrados de cadáveres, muertos por cientos de miles. Y luego, nuevamente, la guerra en el Golfo donde un misil iraquí mata también a 37 norteamericanos del Crucero Stark.

En el Golfo, las flotas de las superpotencias y de los países occidentales comienzan a mostrar sus banderas. Y no se trata sólo se estandartes como lo demostró la destrucción del airbus iraní por parte de un barco norteamericano. La matanza de 290 inocentes en esa gran carnicería apenas convulsiona a la opinión internacional. Y falta poco para que también esos muertos sean acreditados a Irán, que experimenta, como jamás antes, el aislamiento, mientras sufre serias derrotas en las batallas terrestres.

Pocos días después del derribamiento del airbus, llega la aceptación de la propuesta de tregua. El conflicto, que en ocho años ha recapitulado las tramas de todas las guerras recientes, parece próximo a concluir. Los generales, desilusionados, se disponen a dispersarse. Hay quien pretende ya el cartel de "FIN". Pero, en el arte de la guerra, el *happy end* es más difícil de ver y por cierto, esta masacre, que duró ocho años, no será excepción a la regla.



GAMMA

EL PRINCIPIO DEL FIN



ción y lograr así un alza en los precios del crudo. Uno de sus problemas es el caso de Irak, que, ante la negativa de Irán para consentirle una cuota igual a la suya, produce sin límites. La OPEP también espera resolver la situación de la zona neutra —situada entre Arabia Saudita y Kuwait— que fue "prestada" a Irak para que su explotación contribuya con el presupuesto de guerra.

Tampoco Occidente es ajeno a los beneficios de la paz. La influyente revista inglesa *The Economist* lo planteó con su habitual pragmatismo en una nota editorial: "¿Por qué deberían, justamente los americanos, proteger a Irán de las consecuencias de su fracaso? Porque forma parte de los intereses de Occidente. (...) En una región que contiene más de la mitad de las reservas petroleras del mundo, los occidentales tienen la necesidad vital de asegurar que una guerra que podría dar lugar a una explosión mayor llegue a un fin permanente". Washington obtendría otra ventaja del fin del conflicto: podría reducir su flota en el Golfo, que con sus 26 barcos insume 140 millones de dólares por año.

Después de las armas

La suma de intereses parece aumentar las probabilidades de que se concrete un acuerdo. Si la paz llega, encontrará en Irak a un líder fuerte, protegido por el halo del triunfo y dispuesto a iniciar una rápida reconstrucción. Aunque para ello tal vez deba enfrentarse a algunos desafíos, como un choque entre facciones musulmanas. Si bien durante la guerra primó el sentimiento nacional, no es descartable que la mayoría chiita se enfrente a la minoría sunita, de la que el propio Hussein forma parte. También existe el riesgo de un ajuste de cuentas con los kurdos: su alianza con Irán durante la guerra recibió como respuesta del gobierno iraquí bombardeos con armas químicas.

En el caso de Irán, las necesidades son más acuciantes. Las derrotas dejaron a los iraníes física y moralmente agotados. Muchos empezaron a cuestionar el sentido de la guerra: según fuentes occidentales, unos 300.000 jóvenes se ocultaron o exiliaron para evitar el reclutamiento. La economía zozobra, escasean productos básicos y en el mercado negro el dólar llegó a superar veinte veces su valor oficial. A eso se sumaron los ataques de los mujaidines que pretenden derrocar el régimen jomeinista y con quienes el ejército debió disputar la semana pasada el control de varias ciudades.

Si la paz se concreta, Alí Akbar Rafsanjani —presidente del Parlamento y líder militar— deberá seguir luchando en varios frentes. Como impulsor del cese del fuego, puede ser atacado por los partidarios de la línea dura por "traicionar" la revolución. Es posible también que la población exija cambios de rumbo en la economía y la redistribución de la riqueza que los líderes revolucionarios prometían. Pero si marcha en esa dirección encontrará la férrea oposición de los religiosos conservadores que dominaron el país desde 1979.

Derrotado en el frente militar, Irán sólo puede esperar algún triunfo en el diplomático. La semana pasada obtuvo un reconocimiento cuando una comisión de la ONU que visitó ambos países acusó a Irak por el uso de armas químicas, confirmando una denuncia que Irán había formulado repetidas veces. La obligada condena internacional se hizo oír, aunque el hecho fuera conocido y ningún país haya propuesto nunca un embargo de armas a los dos contendientes que pudiera frenar la matanza. Para Irán queda aún otra posible reparación moral. La Resolución 598 de la ONU prevé la creación de un tribunal imparcial que establezca las causas de la guerra. En Teherán se espera que confirmará la "agresión iraquí". Pero son pocas recompensas. Tras una guerra de ocho años que destruyó el país y dejó 900.000 muertos, seguramente los iraníes esperaban algo más.

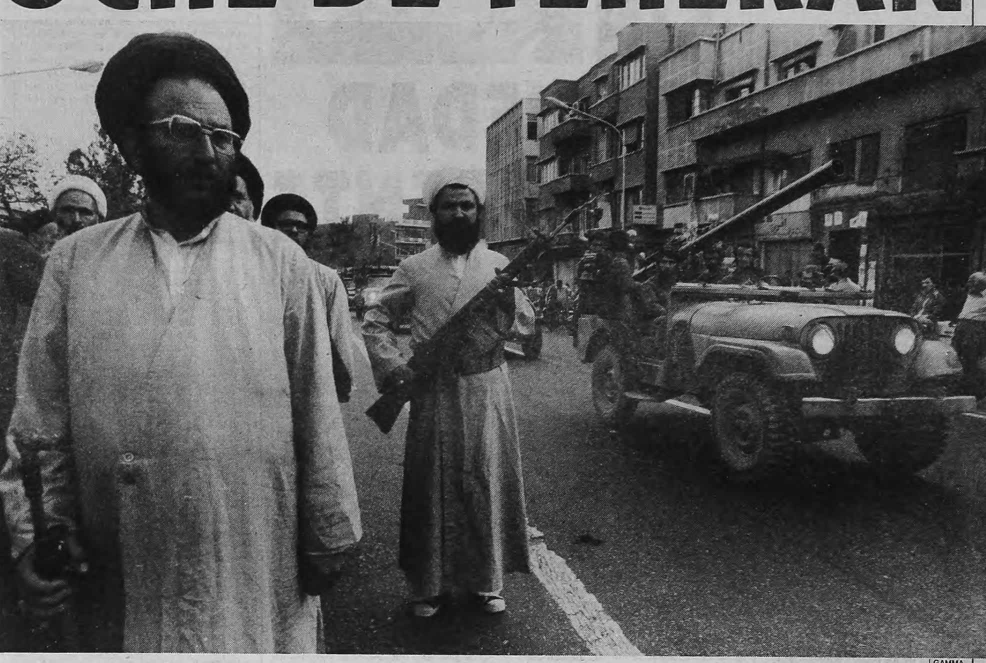


GAMMA

GAMMA

LA NOCHE DE TEHERAN

Tras la lluvia de misiles, el miedo se instaló en la capital iraní. En las preocupaciones de sus habitantes, las derrotas militares compiten con la crítica situación económica. Aunque ahora se critica abiertamente al régimen, muchos siguen adorando al imán Jomeini.



GAMMA

Por Javier Valenzuela



Es viernes por la mañana en Teherán. El presidente de la República, el *hoyatoleslam* Alí Jamenei, dirige la oración del mediodía en la gran explanada de la Universidad. La barba entrecana y las gafas rellenan las enjutas mejillas; la mano izquierda se apoya en un kalashnikov; la derecha sube y baja como la barrera de un paso a nivel.

Hay poca gente en relación a la media habitual de los últimos años, y sobre todo parece menos entusiasta. Jamenei en verdad no tiene el arrastre popular del *hoyatoleslam* Rafsanjani, el otro orador de estos actos de masas del viernes.

En la tarde de ese mismo día, una muchedumbre más cuantiosa que la de la Universidad acampa en el cementerio Beherest el Zahara. La gente pasa allí la jornada festiva musulmana: visita a sus muertos y aprovecha la ocasión para hacer *picnic*. Para los que no tienen coche y no pueden escaparse a la sierra, en los viernes de Teherán poco más se puede hacer que quedarse en casa viendo los programas bélicos y religiosos de la televisión o acudir a un cementerio o a un parque.

Así que al lado de tumbas cubiertas de flores recién cortadas, y sobre el césped, merienda el pueblo llano del sur de Teherán, los humildes que encumbraron al imán Jomeini y siguen adorándole.

Miles de familias se sientan sobre mantas o modestas alfombras y disponen a su alrededor termos de té, bolsas de papel con pistachos y fiambreras con ensaladas y bocadillos. Las mujeres, negras como golondrinas, sostienen el *chador* con los dientes cuando ocupan las manos en el reparto de las vituallas. Pasan vendedores de helados, de globos, de cigarrillos por unidades.

No hay una sola radio. ¿Para qué servirían si las emisoras de Teherán sólo emiten noticias y programas de formación musulmana? Ni una sola canción profana en las ondas de la República Islámica de Irán. A este mundo, dice el imán Jomeini, no se viene a gozar, sino a ganarse el verdadero paraíso que sigue a la muerte. Sólo el deporte es una diversión consentida, porque como recuerda todos los días *The Teheran Times*, Dios recomendó en el Corán entrenar a los hijos "en la natación y el tiro con arco". El sol madruga mucho en Oriente, y la gente con él. A las siete de la mañana del sábado Teherán ha recuperado su demencial tráfico automovilístico. Nadie respeta las señales, las direcciones prohibidas o los semáforos, congelados éstos en un permanente parpadeo naranja. Se gira donde se quiere o puede. Más que conducir, se esquiva.

El lío automovilístico de Teherán es como el de El Cairo, pero silencioso y educado. Nadie toca la bocina. Cuando dos coches se rozan, los conductores descienden, se saludan, comprueban los daños, vuelven a saludarse, se llevan las respectivas manos derechas al corazón y regresan a los volantes. Teherán es la capital de un país de milenaria cultura, uno de los pueblos más corteses del universo.

Consecuencias de la guerra

A las siete de la tarde la corriente eléctrica se corta en Teherán. Con ocho años de retraso, la capital iraní comienza a sufrir en serio las consecuencias de la guerra con Irak. Un total de 150 misiles han caído sobre la ciudad en los precedentes meses de marzo y abril. Ha habido un millar de muertos y heridos, la mayoría alcanzados por vidrios rotos. Muchos habitantes se fueron a la zona veraniega del mar Caspio o se instalaron pura y simplemente en tiendas de campaña en las afueras de la ciudad.

Teherán tiene miedo por primera vez desde el triunfo de la revolución islámica. Como en Beirut, todos los cristales tienen cintas adhesivas cruzadas para disminuir el riesgo de rotura por explosión. En bastantes portales hay sacos terreros, sobre todo en los de los bancos.

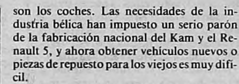
Cuando la lluvia de misiles del comienzo de la primavera, los bancos cerraron y aquello disparó el desconcierto de la población. Como todos los orientales, los iraníes pueden soportar la revolución y la guerra siempre y cuando continúen los negocios. El Gobierno islámico ha ordenado, pues, que todas las entidades bancarias se protejan al máximo.

Teherán tiene unos 10 millones de habitantes, el doble que en la víspera de la revolución. Es la única ciudad del mundo de su tamaño que no cuenta con discotecas, bares de bebidas alcohólicas, burdeles, revistas, libros y discos extranjeros, las últimas películas premiadas con los *oscars*, fotos de Madonna y Michael Jackson, hombres con corbata y mujeres sin velo.

En cambio, en Teherán se consigue a muy buen precio gasolina, caviar, pistachos, frutas y verduras.

No hay hambre. El Gobierno islámico subvenciona el azúcar, la leche, el té, el pan, el arroz, el queso, la carne y los huevos. Todas las familias reciben sus cupones de racionamiento y forman largas colas para conseguir casi gratis un mínimo de esos productos.

El resto se encuentra en el mercado clandestino, si se tiene dinero para pagar. La revolución ha devuelto el poder a los dos grupos tradicionales de la sociedad iraní, los religiosos y los mercaderes, y estos últimos, atrincherados en el Bazar, ofrecen casi todo. Lo importan de Dubai y Turquía. Lo peor



son los coches. Las necesidades de la industria bélica han impuesto un serio parón de la fabricación nacional del Kam y el Renault 5, y ahora obtener vehículos nuevos o piezas de repuesto para los viejos es muy difícil.

El imán Jomeini sonríe desde un retrato en el despacho del doctor Nasser Yalali, director del hospital Loghmamodboleh, en el oeste de Teherán. Son las primeras horas de la tarde del domingo y el doctor parece al borde del colapso. Viste una usada bata blanca, no se ha afeitado en los últimos días, sus ojos enrojecen de fatiga y el carnoso rostro está tan pálido como el de sus enfermos.

Nasser Yalali juega con un rollo de papel higiénico. "Tengo aquí 33 víctimas de la guerra química, civiles y combatientes", dice. "Los iraquíes los han atacado con gas mostaza y cianuro, y presentan quemaduras, trastornos del sistema respiratorio y heridas en los ojos."

Un largo silencio responde al doctor. Este prosigue con fatiga: "El mundo no presta ninguna atención a la atrocidad que significa el empleo iraquí de armas químicas. A Occidente le importa un rábano mientras las víctimas seamos nosotros."

Los heridos no se quejan, pero se nota que sienten vergüenza cuando el doctor Yalali descubre las sábanas para mostrar al visitante sus penes y testículos tumefactos. Tienen estampitas de Jomeini en la cabecera de su lecho.

"Estamos solos frente a Irak, Kuwait, Arabia Saudita, Jordania y Estados Unidos", dice con rabia Alí Tadiki, un muchacho de 20 años que sólo ha salvado el oscuro pelo crespo. No puedo más. Se lo digo al director del hospital: "Vámonos. Si seguimos creo que voy a vomitar." "Como quiera, pero cuéntelo en su país."

Aires nuevos

Soplan vientos liberales en la pequeña pantalla iraní. Hace poco, el Consejo de Radiotelevisión preguntó a Jomeini si podían emitirse programas y películas extranjeras de corte educativo en las que las mujeres enseñaran el cabello, los brazos y las piernas. Jomeini respondió que sí, que el problema no estaba en la pantalla, sino en la mente del espectador. "El buen musulmán", explicó, "puede ver tales productos instructivos si guarda el ánimo puro, si no comete con el pensamiento el pecado de lujuria".

A una consulta semejante sobre las retransmisiones de los partidos de fútbol —era dudosa la moralidad de los pantalones cortos de los jugadores—, el *guía de la revolución* dio la misma respuesta.

Algunas de las jóvenes sentadas en el vestíbulo del hotel llevan velos y gabardinas de colores vivos, enseñan un mechón de pelo de la frente y calzan medias negras de fantasía. Pasa una joven pareja tomada de la mano.

—¿Es ésta la *apertura Rafsanjani*? —pregunto a mis amigos.

—La verdad es que después de los últimos desastres bélicos, tal vez para compensar, el régimen, es decir, Rafsanjani, su *hombre fuerte*, ha abierto algo la mano en materia vestimenta femenina —responde uno—, pero nunca se sabe. Esto es la incertidumbre total. Quizá los que hoy se apuntan con entusiasmo a esta *primavera* tengan que pagarlo mañana.

Un rato después ceno en el hotel con Reza, un médico que trabajaba en Estados Unidos y regresó hace un año a su país. Le dolía ver cómo Washington mataba a sus compatriotas. Como la mayoría de los iraníes mayores de 30 años, Reza tiene el cabello enteramente canoso.

—Los desastres de la guerra y la mala marcha de los asuntos económicos han afectado a la moral de la gente —dice—. La ciudad está llena de rumores; el régimen es abiertamente criticado. Pero no se equivoque, son muchos los que como yo han redescubierto el nacionalismo iraní. Los enemigos del régimen que se apoyan en Irak y Estados Unidos no tienen ninguna posibilidad.

Las callejuelas cubiertas del laberíntico Bazar de Teherán hormiguean el miércoles por la mañana. Este ha vuelto a ser el centro económico de la vida iraní, una vez liquidados los grupos financieros e industriales nacidos al amparo de la frustrada reforma del sha.

Negro y oro el *chador* de las mujeres y los barrocos muestrarios de las joyerías del Bazar. Como todas las orientales, las iraníes procuran comprar todo el oro y piedras preciosas que pueden. Las joyas regaladas por sus maridos constituirán su único capital en caso de divorcio.

En Teherán sólo hay un tema que iguale en preocupación a la mala marcha de la guerra: la crítica situación económica. El rial se vende en el mercado negro a 20 veces su cotización oficial. Los comerciantes no tienen divisas para viajar al extranjero y comprar allí mercancías. Todas las que provienen del petróleo se gastan en el esfuerzo bélico. Y en Teherán todo el mundo es de un modo u otro comerciante.

En estas circunstancias, la revolución no puede con el tradicional consumo de opio. Los comerciantes suelen terminar sus veladas caseras fumando algunas pipas.

La noche cae de golpe, como siempre en Oriente. Brilla una luna llena como una fuente de plata. Vamos a cenar a casa de una familia, en los barrios populares de la ciudad.

Retrato de familia

Hay una chica llamada Bayije, de piel blanquísima y expresión serena, cuyo marido se ha ido esa misma tarde al frente, a contener la última ofensiva iraquí contra Shalamsheh. Bayije está embarazada de nueve meses.

—Este acontecimiento —comentó tímidamente— provocaría en cualquier otra parte una terrible depresión en toda la familia. Pero aquí estamos cenando tan normales, como si Amir se hubiera ido de viaje de negocios.

—Esta familia ha dado ya dos mártires a la revolución —responde Ahmed, el abuelo del clan—. La muerte no es para nosotros el mismo drama que para los ateos. Ustedes, los occidentales, no acaban de comprenderlo.

Ahmed es el único que fuma, y su mujer, sus hijos, todo el mundo, le echan la bronca. Y no sólo porque se esté matando o moleste a los demás, sino porque fumar es un vicio, una esclavitud terrible para un buen musulmán.

El viejo Ahmed apaga el cigarrillo marca Tir y se va a dar de comer a los pajarillos.

La cena arranca con té y frutas, y sigue con arroz, pollo y ensaladas, todo servido con *dug*, el yogur líquido. Al final, los hombres ayudan a recoger.

Y luego todo el mundo se va a rezar a una habitación interior, casi sin que el huésped se dé cuenta. Cuenta el abuelo en el vacío patio que en los últimos bombardeos desde aquí se veían las lenguas de fuego de los cohetes, y él decía a su familia que tranquilos, que no había que abandonar la casa, que si les alcanzaban sería la voluntad de Dios.